

La Pregunta de Pentecostés

Un sermón basado en Hechos 2:12

Por Rev. G. Van Reenen (sermón 340a)

Lectura Bíblica: Hechos 2:1-21

Salterio 327: 1

262: 1, 2

318: 3, 4

381: 3, 4

*Su Salvación hecha,
Dios la reveló;
Su justicia ante
Las naciones mostró.*

Queridos amigos, así cantamos muchas veces en la época de la Navidad, pues entonces se conmemora el hecho de que Dios Padre “mostró” a las naciones tanto Su justicia como Su salvación al enviar a Su Hijo Unigénito, el Mesías, el Señor Jesucristo. Podemos decir que cuando Dios Padre envió a Su Hijo, fue como si fuera la culminación de Su amor. Leemos en Juan 3:16: “*Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna*”.

Sin embargo, el pueblo del Señor también puede cantar esta misma canción en la época de la Pascua, cuando se enfoca en el sepulcro abierto en el huerto de José de Arimatea. A través de Su resurrección, Cristo se declaró con poder que Él es el Hijo de Dios, el Alfa y el Omega, el Redentor y el Salvador. Él había satisfecho completamente la santa justicia de Dios, y “*con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados*” (Hebreos 10:14).

No obstante, también en el día de Pentecostés, el tercer día de fiesta de la Iglesia cristiana, podemos cantar: “Su Salvación hecha, Dios la reveló; Su justicia ante las naciones mostró”. En la fiesta del Pentecostés la Iglesia se enfoca en la obra de la tercera Persona de la Santa Trinidad, el Espíritu Santo. El Día de Pentecostés termina el ciclo de los días de fiesta cristiana, y así la obra de la salvación está completa. Pues, ¿qué nos valdría si hubiera el regalo del Padre al dar a Su Hijo, y la obra redentora de Cristo, y si estos no fueran **aplicados** por el Espíritu Santo? Por esto, la fiesta de Pentecostés es la corona de la obra de Dios.

La palabra “Pentecostés significa “quincuagésimo (es decir, el número cincuenta) y se refiere al hecho de que el Señor le dio la Ley a Israel en el Monte de Sinaí cincuenta día después de que los israelitas salieron de Egipto. También el día de Pentecostés se llamaba la fiesta de la cosecha,

porque en aquel día los israelitas ofrecían las primicias de sus cosechas. El día de Pentecostés se celebraba y se sigue conmemorando cincuenta días después de la Pascua.

Que el Señor nos bendiga esta mañana, para que en esta fiesta de las primicias podamos experimentar una cosecha rica de la gracia. Las palabras de nuestro texto se encuentran en Hechos 2, versículo 12, solamente estas palabras: “¿*Qué quiere decir esto?*” Así vamos a considerar:

LA PREGUNTA DE PENTECOSTÉS

Vamos a meditar en dos pensamientos principales:

- 1. La maravillosa ocasión que fue el motivo de esta pregunta; y**
- 2. La respuesta correcta a esta pregunta.**

En nuestros pensamientos vamos a ir a Jerusalén. Eran las nueve de la mañana, y había ciento veinte personas reunidas en uno de los cuartos que pertenecían al templo. ¿Quiénes son estas personas? Este pequeño grupo es la Iglesia Cristiana verdadera en sus principios, y por lo tanto es un retrato de la verdadera Iglesia hasta el día de hoy. En cuanto a estos primeros miembros de la primera Iglesia, no eran “*muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles*” (1 Corintios 1:26). El Sumo Sacerdote no está entre ellos, igual que los religiosos famosos de hoy en día, que no se encuentran entre la verdadera Iglesia de hoy. Es seguro que había mucha religión en la ciudad de Jerusalén; sin embargo, era una religión aborrecida por Dios. Sin embargo, entre este pequeño grupo de cristianos había el verdadero temor de Dios, el amor por Sus juicios, por Sus atributos, y por Su pueblo.

Otra vez nos preguntamos: ¿Quiénes son estas personas reunidas? Son las joyas de Cristo, las perlas de Su corona. Son la “niña del ojo de Dios” (Salmos 17:8). En cuanto a sus oficios, algunas son las guías, y otros son los guiados. En cuanto a su estado de la gracia, algunos son “principiantes”, y otros son más avanzados en la vida de la gracia. Pero todos ellos son nacidos de nuevo, y todos son llamados de las tinieblas a la luz maravillosa del Evangelio. En cuanto a su carácter, son muy diferentes. Algunos son ligeros, como Pedro; otros son más prudentes, como Juan. Unos pueden creer más que otros; el uno es hablador, mientras el otro es más silencioso.

Sin embargo, a pesar de sus diferencias, leemos que “*estaban todos unánimes juntos*” (v. 1). Había el amor y la paz entre ellos, y todos perseveraban unánimes con los mismos deseos, y unánimes en oración. Hubo un enlace más fuerte que la sangre que los unía. ¿Por qué? Es porque todos tenían un solo Dios y Padre; todos eran comprados con una sola sangre, y todos fueron

inspirados por un solo Espíritu. ¡Qué pueblo más feliz y unido! Amigos, hoy en día es muy raro encontrar esta armonía y unidad entre el pueblo de Dios; más bien, muchos cristianos prefieren no tener que tratar con sus hermanos. Esto es un juicio de Dios sobre la Iglesia de hoy en día.

¿Cómo llegaron estas ciento veinte personas al mismo lugar? Así se les había indicado el Señor Jesús antes de ascender al cielo. Ahí quedaron como huérfanos reunidos. No obstante, antes de ascender, Cristo les había dejado una promesa y un mandato. La promesa fue que: “*No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros*” (Jn. 14:18). Cristo iba a enviar al Consolador, el Espíritu Santo, para guiarlos a toda la verdad, para consolarlos, para fortalecerlos, y para nunca dejarlos. El mandato que Cristo los dejó fue que “*no se fueran de Jerusalén, sino que esperasen la promesa del Padre*” (Hechos 1:4).

¿Qué hacían ellos en Jerusalén? Ahí esperaban el cumplimiento de la promesa del Padre, orando siempre que el Señor hiciera lo que Él les había dicho. ¡Qué provechoso, deseable y sabio es tal conducta de parte de todos los hijos de Dios! Oh hijo de Dios, siempre quédate donde Dios te ha puesto, sea en la tristeza según Dios, sea en la redención, o sea en la confianza de la fe; y siempre ora al Señor. Sin duda estas horas en oración y esperanza en el Señor son buenas horas, porque el Señor siempre cumplirá en *Su* tiempo lo que ha prometido.

Y así fue con los ciento veinte en Jerusalén. Pues, de repente escuchan un estruendo como de un viento recio. En fin el sonido “*llenó toda la casa donde estaban sentados*” (v. 1). Luego se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. Y, ¿cuál fue el resultado de todo esto? Oh, algo maravilloso había sucedido con estos discípulos, y es como si entrara nueva vida en sus almas; cada uno de ellos es alegre sobremanera.

Muchos se despiertan por el sonido maravilloso, y atraídos por un poder misterioso, corren al templo, al mismo lugar donde estaban reunidos los discípulos. Ahí están, los judíos y prosélitos de todas partes del Imperio Romano: partos, medos, elamitas, y los que habitaron en Mesopotamia, en Judea, en Capadocia, en el Ponto y en Asia. Todos oyen a los discípulos, a quienes habían conocido como galileos ignorantes. Ahora los oyen hablando en muchos idiomas, señalando las maravillosas obras de Dios, y alabando al único Nombre bajo el cielo dado a los hombres en que el hombre debe ser salvo. Por lo tanto, los miles que se reunieron se dieron cuenta de que algo maravilloso había sucedido, y esto fue el motivo de su pregunta: “*¿Qué quiere decir esto?*”

SEGUNDO PUNTO

Ahora veremos en el segundo punto **la respuesta correcta a esta pregunta.**

Queridos amigos, hay muchas respuestas a esta pregunta que *no* son correctas, porque “*el hombre natural no recibe las cosas que son del Espíritu de Dios*”, (1 Cor. 2:14). Por eso el hombre natural responde de una manera mala: “*Mas otros burlándose, decían: Están llenos de mosto*” (v. 13). Así es hasta el día de hoy en la iglesia verdadera. Cuando el Señor obra en un pecador, y cuando Él le da a Su hijo la verdadera alegría para que esté lleno de gozo, otros muestran su falta de entendimiento al decir: “¿Qué quiere decir esto?” Otros afirman que el pueblo de Dios se ha vuelto fanático.

¡Oh pobre hombre mundano que no entiende esta felicidad! Pero, ¿acaso el hombre del mundo nunca está feliz? Oh, puede ser que parece feliz, pero muchas veces se requiere algo como el vino, y luego salta del supuesto “gozo”, y no se da cuenta de que su alegría se convertirá en la miseria eterna. Tales personas no comprenden el gozo del pueblo de Dios, y por eso dicen que los discípulos están lleno de mosto.

Ustedes deben saber la respuesta correcta a la pregunta: “¿Qué quiere decir esto?” Es el Espíritu Santo, enviado al mundo por Jesucristo, el Salvador ascendido. Esto fue el cumplimiento de la promesa de Dios; y ahora había llegado el Consolador, la tercera persona de la Santa Trinidad, el Espíritu Santo. Aun en el Antiguo Testamento el Espíritu Santo se había manifestado, pero ahora, en este glorioso día de Pentecostés después de que Cristo cumplió la obra de la redención, el Espíritu Santo entra en este mundo pecaminoso para morar para siempre con Su Iglesia, y para hacer un trono para Sí Mismo en el corazón de pecadores elegidos.

Sin embargo, amigos, vamos a dar la palabra al apóstol Pedro en cuanto a la respuesta correcta a la pregunta: “¿Qué quiere decir esto?”. Pedro explica así: “*Mas esto es lo dicho por el profeta Joel*” (v. 16). ¿Qué había dicho el profeta Joel? “*Y en los postreros días, dice Dios, derramaré mi Espíritu sobre toda carne*” (v. 17). Los “postreros días” se refieren al tiempo del cumplimiento de esta promesa de Dios. Para la Iglesia ha habido tres periodos: el periodo de la promesa, desde la creación del mundo hasta el tiempo de Moisés; el periodo de las ceremonias, desde el tiempo de Moisés hasta el tiempo de Cristo, y luego el periodo del cumplimiento, desde la venida de Cristo al mundo hasta el final del mismo, cuando el último de los elegidos haya sido salvo. A este último periodo se le llama “los postreros días”, y también se le llama “el fin de los siglos”, pues después de esto no habrá nuevo periodo.

El profeta Joel había dicho que Dios derramaría Su Espíritu. Este Espíritu no es simplemente una cualidad o un poder, sino que es un Ser Divino con una voluntad propia. ¿Qué quiere decir que Dios iba a “derramar” Su Espíritu? Muchas veces se hace una comparación entre el Espíritu Santo y el agua, porque igual que el agua, el Espíritu es vivificador, refrescante, y tiene el poder de limpiar. La palabra “derramar” se emplea también para indicar la *abundancia* que hay en el Espíritu. Antes se vio como si fuera en gotitas, pero ahora el Señor Lo iba a derramar sobre toda carne. Esto no quiere decir que se derrame el Espíritu sobre toda persona. En cambio, quiere decir que el Espíritu se derramará sobre toda clase de gente, de todas naciones y de todo pueblo.

La profecía de Joel sigue: *“Y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; vuestros jóvenes verán visiones, y vuestros ancianos soñarán sueños, y de cierto sobre mis siervos y sobre mis siervas en aquellos días derramaré de mi Espíritu, y profetizarán”*. Sí, el Espíritu se derramaría sobre jóvenes y ancianos, sobre padre e hijos, sobre esclavos y mayordomos. Toda diferencia entre personas se desaparecerá, donde en Cristo Jesús *“no hay griego ni judío, circuncisión ni incircuncisión, bárbaro ni escita, siervo ni libre, sino que Cristo es el todo, y en todos”* (Col. 3:11).

El efecto sería múltiple, según la profecía de Joel:

1. Los hijos y las hijas “profetizarán”. Esto no quiere decir que vayan a predecir el futuro, sino que confesarán el Nombre del Señor, y Lo alabarán y Lo glorificarán, así entregándose al servicio de Dios.

2. Los jóvenes verán “visiones”. No piensen que así se refiere a las “visiones” de que se hablan tanto hoy en día, pero que no son más que el fruto de una mente confundida. Al contrario; estos jóvenes quienes recibirían la unción del Espíritu Santo verán su propia culpa y pecado, y verán “visiones” de los atributos eternos de Dios y Su Santidad. Ante Él todas sus propias justicias son como trapos inmundos. Ellos ven que en sí mismo son perdidos, pero también estos jóvenes recibirán una visión de la gran suficiencia y la gran voluntad del Señor Jesús. Sí, a veces el Señor les da una mirada de la ciudad eterna de Dios, la Nueva Jerusalén.

3. Los ancianos “soñarán sueños”. Personas como Pablo serían arrebatados “hasta el tercer cielo” (2 Cor. 12:2). Día y noche el Señor se revelaría, a través de Su Espíritu, a jóvenes y a ancianos, enseñándoles los misterios de la gloriosa obra de la redención.

4. También el Señor derramaría Su Espíritu “sobre siervos y siervas en aquellos días”. Esto quiere decir que también los esclavos compartirían la misma bendición espiritual, y se gozarían

de la misma libertad gloriosa de la cual se gozan los hijos de Dios. Para resumir la profecía de Joel, entonces, en pocas palabras podemos decir que:

*Ricos y pobres estarán;
Delante de Él se postrarán;
Generaciones Le aclamarán,
Y Su gran Nombre honrarán. (Salterio 49:3)*

Y ahora, Pedro dice que esto ha sucedido. Él dice: “Nosotros somos aquellos ancianos y jóvenes, aquellos hijos e hijas, y aquellos siervos y siervas. Es por eso que el poder de Dios se revela en nosotros, para que podamos hablarles en su propio idioma acerca de la maravillosa obra de Dios, y para decirles que Jesús, el Mesías Crucificado y glorificado, es el único Nombre bajo el cielo, dado a los hombre, en que podamos ser salvos”.

Queridos amigos, ¡cómo el Señor cumple Su Palabra! Lo hace de una manera tan fiel, de modo que Pedro simplemente repite las palabras del profeta para describir lo que había ocurrido en aquel día de Pentecostés. Sin embargo, esta profecía de Joel no sólo se cumplió en aquellos días de la primera Iglesia, sino que sigue siendo cumplido. Por todas partes del mundo, donde la luz de Evangelio se dispersa, el Espíritu Santo sigue convenciendo al mundo de pecado, de justicia y de juicio (Juan 16:8). Si no fuera así, el mundo dejaría de existir. Por causa de esta obra del Espíritu, hasta el día de hoy hay pecadores que claman al Señor con el carcelero de Filipos: “Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo?” (Hechos 16:30). Aunque se oye muy poco en nuestro día, todavía hay hijos e hijas que, por la gracia de Dios, se levantan y confiesan que su deseo es estar al lado del Señor, con Su Pueblo, con Su Palabra, y en Su servicio. Así confiesan que Cristo es el Profeta Mayor, Cuya instrucción necesitan ellos; Él es el Sacerdote Mayor, Cuya sangre redentora necesitan ellos; Él es Su Rey eterno, bajo la autoridad de Quien ellos se ponen con todo el corazón.

¡Qué privilegio es esto! Debemos ver como una gran bendición si todavía se levantan de entre de nuestros hijos algunos que desean confesar el Nombre del Señor. Aunque no podemos ser salvos con la fe histórica, de todas maneras es una gran bendición cuando nuestros hijos se unen a la iglesia, y debemos orar que el Señor los haga miembros vivos. Padres entre nosotros, ¿no es el Señor digno de ser servido por nosotros y nuestros hijos? Cuando nuestros hijos van a los lugares del mundo mientras nosotros vamos a la casa de Dios, ¡qué tristeza para los padres! Sin embargo, cuántas veces se ve que hasta los hijos de padres piadosos le dan la espalda a la

verdad, y hasta se burlan de ella. Oh jóvenes, ¡cómo sería haber tenido padres que nos enseñaban la verdad, y todavía perderse para siempre! Esto sería un infierno dentro del mismo infierno.

Por otro lado, qué vergüenza para aquellos padres que sirven al mundo en cambio de Dios, mientras los hijos se levantan para confesar el Nombre de Jesús. Oh padres, sus hijos “profetizan” como dijo Joel, ¿y ustedes? ¡Qué terrible será la eternidad para ustedes!

Pero todavía hay esperanza: por el milagro de la gracia libre y soberana, el Señor sigue dando “visiones” no sólo a los jóvenes, sino también a los ancianos a través del Espíritu Santo. Entonces aquellas personas reciben una vista de su pecado, y esto obra en ellos la tristeza que es según Dios, y que lleva al arrepentimiento. A estos pobres el Señor también les da una vista de la cruz del Calvario, al Hombre de tristezas, al Mediador ascendido, y al que está sentado a la diestra de Dios Padre con todo honor y majestad, y para el bienestar de Su pueblo. Cuando el mundo ve a tales personas que antes eran tan tristes y ahora se gozan de la obra de Dios, muchos no lo entienden y dicen: “¿Qué quiere decir esto?” Pedro tiene la respuesta: “*Esto es lo dicho por el profeta Joel*”.

A veces el Señor también les da a los más avanzados en la gracia una vista bendita de Su bondad inefable, y les da el amor para con el Padre. Sin embargo, cuando el mundo, o hasta los muy “religiosos” de nuestro día oyen a una persona humilde y no tan educado hablar del gran amor de Dios en Cristo Jesús, y cuando les oye hablar de la casa de Su Padre, a veces les dice: “*Estás loco...las muchas letras te vuelven loco*” (Hechos 26:24). No, amigos, no están locos, sino que “esto es lo dicho por el profeta Joel”. Vamos a cantar con los conversos del Pentecostés el **Salterio 318, las estrofas 3 y 4**.

APLICACIÓN

Querido amigo, ¿se ha derramado el Espíritu Santo sobre ti? Me temo que haya algunos entre nosotros que incluso se burlan de aquellos que han recibido la obra del Espíritu. Oh, que el Señor les enseñe, por el amor de Cristo, a suplicar por la conversión y por el perdón de tus pecados, antes de que sea demasiado tarde.

Otros entre nosotros han sido guardados del terrible pecado de burlarse del pueblo de Dios. Esto sí es un privilegio, pero no es lo suficiente. Tu corazón es y seguirá siendo un enemigo de Dios y de Su Espíritu siempre y cuando no sea regenerado por el Espíritu Santo. Es necesario que este Espíritu también se derrame sobre *ti*, para suavizarte y limpiarte. Oh, que ustedes que

viven tan tranquilamente y despreocupados pudieran ver su miseria. Oren fervientemente que Dios les abra sus ojos ciegos.

Joven entre nosotros, ¿alguna vez se ha derramado el Espíritu sobre ti? ¿Puedes “profetizar” como decía el profeta Joel? ¿Has tenido que dejar este o aquel pecado? ¿Has dado tu juramento bajo el estandarte de la cruz de Jesús, así uniéndose como miembro de la iglesia? O tal vez tú vives tranquilamente como un joven “decente”, pensando que tu bautismo es lo suficiente, y que tu vida decente te servirá de algo. Tal vez hayas sido engañado por aquellos que niegan la necesidad de la obra de la regeneración en el corazón, o por quienes afirman que si naciste de padres creyentes, esto es lo suficiente. Oh querido amigo, vivimos en un tiempo oscuro, cuando el hombre se goza del Espíritu Santo en el Día de Pentecostés, pero se niega o al menos no habla de la necesidad de Su obra en el corazón.

¿Cómo es el caso contigo, mi amigo anciano? ¿Conoces tú algo de estas visiones de las cuales habló el profeta Joel? ¿Se puede decir de ti lo que nos dice en Isaías 33:17: “*Tus ojos verán al Rey en su hermosura; verán la tierra que está lejos*”? ¿Te han sido abiertos los ojos para que pudieras confesar tu pecado y tu estado perdido? Esto es el principio de la obra en el corazón, pues Dios Mismo nos dice en Su Palabra que Su Espíritu “...convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio” (Juan 16:8). ¿Has visto tú algo de lo precioso de Cristo? ¿Oras tú que Él te otorgue el perdón de tus pecados? Oh querido amigo, ¡cuán terrible será el haber oído tantos mensajes del Pentecostés, el haber oído tantas veces que Dios derramará Su Espíritu sobre jóvenes y ancianos, y todavía perderte para siempre! Tú aún vives bajo la dispensación del Espíritu, y todavía estás en el día aceptable. Arrodíllate con las rodillas viejas ante Dios, y ora que te dé una migaja de la gracia en la hora undécima (Mt. 20:9).

Ricos y pobres entre nosotros, ¿han experimentado el derramamiento del Espíritu Santo? ¿A quién pertenecen, y a quien sirven ustedes? ¿Aún piensas tú que perteneces a ti mismo, o ya perteneces al Señor? ¿Cuál es tu gozo en esta vida? Considéralo bien, amigo mío: si no perteneces a Dios, perteneces al diablo. Si el curso de tu vida no te está llevando rumbo al cielo, estás en el camino que lleva al infierno. Oh amigo mío, levanta las manos, los ojos y la boca a Dios de los cielos, y ruégale que te dé el Espíritu Santo.

Jóvenes y ancianos, ¡cuán benditos sobremanera son ustedes que han recibido de aquel precioso Espíritu Santo! Qué privilegio es para ti si tú puedes decir verdaderamente: “Señor, también a mí me has dado Tu Espíritu”. Tal vez alguien pregunte esta mañana: “¿Cómo puedo

saber si Dios me ha dado Su Espíritu o no?” Permítanme contestar brevemente. Si hemos recibido al Espíritu Santo, no nos quedamos parados e inactivos. Nos ponemos vivos espiritualmente, y esto se manifiesta muy claramente en nuestra vida y por nuestro andar. El pecador que ha sido convencido por el Espíritu Santo del pecado, de justicia y de juicio aprende a tener sed de la justicia, sed de Cristo, y sed de Dios. Cuando uno tiene sed en este mundo, dará cualquier cosa para conseguir algo de beber. Y es igual en la vida de la gracia. Cuando el Espíritu obra, no podemos reposar hasta que podamos decir con el apóstol Pablo: *“El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios”* (Ro. 8:16).

Hijo de Dios entre nosotros, el Señor no reposará hasta que haya terminado Su obra en ti. Recuerda que tú has recibido del Espíritu Santo para que des testimonio de Aquel Espíritu. ¡Qué poco que lo haces! ¡Cómo debes de avergonzarte! El Señor es tan digno de ello. Oh hijo de Dios, que el Padre de nuestro Señor Jesucristo *“...os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por el Espíritu”* (Ef. 3:16). *“No contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados hasta el día de la redención”* (Ef. 4:30). Ora que Dios derrame Su Espíritu sobre toda carne, sobre los ancianos y los jóvenes, sobre los ricos y los pobres, y sobre grandes y pequeños según las riquezas de Su gracia. Entonces tú recibirás y te gozarás mucho de Su bendita Persona y Su obra en el corazón. Amén.